

- el perfil del joven universitario
- y la formación ética

Gabriela Naranjo Guevara*

En los últimos años, uno de los temas recurrentes en diversos espacios de reflexión y compartimiento con docentes, es el que refiere al perfil de los jóvenes que llegan como alumnos a las aulas y que están en el camino de ser los futuros responsables de la comunidad. Mucho se comenta sobre las serias deficiencias con las que llegan a las instituciones de formación media y superior, no sólo en lo que concierne a las habilidades necesarias para el desempeño académico, sino también a sus actitudes frente a los dilemas que se presentan en lo cotidiano y que tienen que ver con la ética y los valores: el plagio de trabajos, la copia de exámenes, la falta de reconocimiento a las figuras de autoridad, su escasez de responsabilidad y disciplina, y en general, una estructura valoral poco consistente y clara, serían algunos ejemplos de lo anterior.

Discernir el comportamiento de los jóvenes, además de sus causas, no es tarea fácil, mucho se especula y se ha investigado para conocer el contexto en el que se desarrollan, y cómo el entorno influye de manera importante en sus estructuras de conocimiento, criterios, valores, percepción y toma de decisión; conocerlo nos permitirá pensar en mejores estrategias formativas y de acompañamiento.

De acuerdo a la Organización Iberoamericana de la Juventud (OIJ) (2008), para comprender lo que ocurre con los jóvenes de esta región es necesario entender las contradicciones que como grupo social enfrentan, planteando como algunas de las principales, las siguientes:

En la actualidad la población joven goza de un mayor acceso a la educación, pero menos acceso al empleo; son ofrecidos cada vez más espacios para la credencialización y desarrollo de habilidades, pero no lugares para aplicarlos a la realidad; tienen mucho más acceso a la información, sin embargo, cuentan con pocos espacios para participar de las

*Directora de la Licenciatura en Derecho, UIA León
gabriela.naranjo@leon.uia.mx

decisiones que interesan a la sociedad; suponen más expectativas de autonomía y menos opciones para llevarla a la realidad; su contexto les permite desarrollar competencias para adaptarse a nuevos y diferentes espacios sociales, a pesar de esto, el entorno económico retarda su posibilidad de independencia real; generan identidades colectivas, no obstante son poco consolidadas, fragmentarias y en ocasiones cerradas, por lo que presentan dificultades con la población adulta y las figuras de autoridad, provocando tensas relaciones en términos de valores e identidad; viven la expansión del consumo con restricciones económicas, lo cual abre la brecha entre las expectativas que tienen y sus logros.

Quienes son recibidos en las aulas universitarias, en su mayoría, viven en una constante tensión provocada por la gran distancia que existe entre lo que socialmente se les exige (ser autónomos, competentes, participativos, exitosos) y los logros que en realidad pueden alcanzar, a partir de las herramientas y escenarios económicos, sociales y culturales que en los últimos años se les han puesto de frente.

Marquina / Maite de Gandiaga y Saavedra



Ante los sistemas socioeconómicos actuales, lo que se ha obtenido como resultado es un grupo de jóvenes sin espacio para el desarrollo integral, preocupados más por el *tener*, que por el *ser*, toda vez que las exigencias sociales impuestas los ha presionado para lograr estándares que no todos pueden alcanzar, llevándolos a la carestía de referentes, vacíos morales y vidas insatisfechas; a la convicción de que su libertad está determinada por la cantidad de dinero que obtengan y los bienes materiales que puedan adquirir, y al pensamiento del relativismo absoluto: todo es según el juicio de cada uno (Rojas, 2002).

Ante este panorama, no es extraño encontrar que para el estudiante universitario el fin justifica los medios; más allá del aprendizaje, la reflexión y el desarrollo personal o el trabajo en beneficio de la comunidad, es más importante la adquisición de un estatus que le permita solventar un estilo de vida de acuerdo con las exigencias generadas por su grupo social inmediato. Hoy día parece ser mucho más reconocido el poder adquisitivo de un profesionista, que su práctica de los valores solidarios y la rectitud de sus acciones.

Atendiendo a lo anterior, la percepción que la juventud tiene de la ética y los valores, así como la jerarquía que les dan a estos últimos, son el resultado del medio al que se han tenido que adaptar para poder sobrevivir. De acuerdo con la reflexión de la filósofa Adela Cortina (1995), lo que da a las personas estructura moral es el hecho de que el individuo se enfrenta, desde el momento de nacer, al reto de responder a provocaciones que recibe del medio, lo que le permite la conciliación con el entorno; estas respuestas no son automáticas, como sería el caso de los animales, sino que en

la persona hay una necesidad de justificar su réplica a la provocación, haciendo uso de su inteligencia; en estas respuestas hay diversidad de opciones a elegir, así que al tomar una decisión se debe renunciar a una o varias opciones más, para señalar la que se prefiere y así, ajustarse a la realidad. Durante este proceso de adaptación, la moralidad viene del referente que se tome para justificar la decisión. Por lo tanto, la raíz del problema que actualmente enfrenta la universidad al querer formar a los jóvenes estudiantes en los temas de la ética y los valores tiene que ver con los referentes que los individuos en formación han tomado para justificar sus decisiones. Ahora bien, ¿cuáles son algunas fuentes de donde surgen los referentes actuales que influyen en el comportamiento y la toma de decisión de los miembros de la sociedad? Una de las principales es la conformada por los medios de comunicación, esencialmente la televisión. Su penetración en nuestra sociedad la ha posicionado como un medio de entretenimiento que carece de reflexión crítica, tiene efectos culturales, políticos, sociales y educativos, sobre todo, respecto a los valores que trasmite y los modelos de vida que difunde. Mientras que en los espacios formativos se hace un esfuerzo por lograr la enseñanza de los valores, los jóvenes asimilan a través de la televisión los contravalores que establece: la felicidad se obtiene por medio del poder adquisitivo, la competencia debe ser despiadada, la violencia es necesaria, al igual que la desconfianza en los otros; valores como la generosidad, solidaridad, entre muchos otros, son prescindibles. Día a día, la mayor parte de la programación televisiva da a la sociedad una visión de una vida carente de sentido humano e ideales.

Educativamente hablando, hay tres aspectos destacables sobre los efectos de la televi-

sión en la formación de los jóvenes: no permite el desarrollo del sentido crítico; suprime la posibilidad del cuestionamiento y por lo tanto, la mente se acostumbra a la superficialidad (Latapí, 2003). Como consecuencia, cuando en los espacios de enseñanza-aprendizaje se trata de llevar a los jóvenes a una reflexión más profunda que les permita la generación de conocimiento, lo hacen de manera simple y fútil, no hay un verdadero análisis, una conclusión y, tristemente, en muchas ocasiones ni siquiera es posible encontrar una opinión propia o una crítica ante lo manifestado académicamente. Los jóvenes estudiantes se han acostumbrado a dejar de lado el discernimiento de la información a la que tienen acceso, lo cual es muy grave cuando consideramos las situaciones sociales, culturales y políticas que se presentan en lo cotidiano, frente a su desinterés por ser ciudadanos cívicamente participativos; las generaciones actuales, a pesar de tener mucho más acceso a la información, son difícilmente capaces de tomar decisiones informadas o ejercer una crítica sobre la misma, así como de considerar qué valores están siendo afectados cuando se habla de determinados temas académicos y científicos.

Otra fuente de referentes actuales es la que nace de la influencia que ejercen los organismos empresariales en las políticas educativas recientes (*idem*). La prioridad de éstas corresponde a las cualidades imprescindibles para producir más y mejor: eficiencia, competencia exitosa, capacidad para decidir correcta y oportunamente, hábitos para trabajar en equipo y la motivación por alcanzar el logro personal

Los jóvenes estudiantes se han acostumbrado a dejar de lado el discernimiento de la información a la que tienen acceso

y la ganancia económica. Estos rasgos generales vienen acompañados por un gran aprecio por los bienes materiales, lo cual fomenta la adquisición sin límite y el consumismo, el placer de la satisfacción de los sentidos y un afán por el dominio y el poder.

Sobre lo anterior, en la conferencia «La educación en los valores», del 14 de mayo de 1993, impartida en el Centro de Estudios Públicos de Godella por Adela Cortina, la autora nos explica que las sociedades modernas han estado más preocupadas en

los últimos años por formar individuos diestros, hábiles, que dominen diversas técnicas para saber «defenderse» de la vida, y desarrollar habilidades sociales que les permitan relacionarse como mejor les conviene, que por la educación de personas íntegras; se justifican los medios de los cuales se hace uso para alcanzar un fin. Muchas instituciones educativas de nivel superior han tomado el desarrollo de estas habilidades como señales de una educación de excelencia y calidad, haciendo permear en niveles socioeconómicos medios y altos la idea del éxito individual como meta suprema y el logro de bienes materiales, distorsionando el concepto existencialista del ser humano, al otorgar una visión parcial de la realidad, atendiendo de manera privilegiada los intereses empresariales de proporcionar mano de obra entrenada para atender los valores que permiten la buena marcha de la producción.

Ante este panorama, la formación ética de los jóvenes universitarios se ha convertido en un reto para el cual es necesaria la

creatividad e iniciativa de los responsables de su acompañamiento, para la creación de estrategias que permitan mostrar que existe otra forma de vida, y concedan retomar el fin más importante de la educación que consiste en formar personas íntegras; para alcanzar este fin es necesario ampliar el concepto de moral, de ser una simple serie de normas que deben ser cumplidas, a entenderla como la capacidad del individuo para enfrentar la vida (Cortina, 1993), gracias a la estima de sus proyectos de vida y de sí mismo. Hablar de educación ética, significaría entonces, fomentar en el joven universitario la autoestima, a través del fortalecimiento del autoconcepto y los proyectos de autorrealización, mostrándole su capacidad de llevarlos a cabo y no permitiéndole el olvido de sí mismo.

Otro elemento importante es el que tiene que ver con la necesidad del sentido de pertenencia a una comunidad, tomando en cuenta no sólo la que refiere a los grupos sociales cercanos como la familia o los grupos de edades, sino a la comunidad política, toda vez que proporciona un medio para el desarrollo; en la medida en que la pertenencia y la integración a la comunidad se da, mayores son las oportunidades para el diálogo y la búsqueda de acuerdos, lo que permite a los individuos reconocerse en los demás, desarrollar la autonomía y la solidaridad (Cortina, 1995).

Una pregunta de reflexión importante es aquella clásica que señala, ¿puede enseñarse la virtud? Es evidente que en la sociedad actual existe una necesidad enorme porque las nuevas generaciones tengan una visión diferente acerca de los valores y la ética; la presencia de éstos es necesaria en los negocios, las familias, el consumo, el desarrollo de la ciencia y la tecnología; mucho se ha escrito acerca de esto. No

Hablar de educación ética, significaría fomentar en el joven universitario la autoestima, no permitiéndole el olvido de sí mismo

sólo las virtudes, los valores, *pueden* ser enseñados, si no que *deben* enseñarse; la responsabilidad social de la universidad es la de formar generaciones que ayuden al mejoramiento de la comunidad. Sin embargo, la enseñanza de los valores y la formación ética de los estudiantes no debe ser un adoctrinamiento, ya que aquélla estaría destinada al fracaso al establecer reglas que los jóvenes no han hecho propias. Es necesario que las normas éticas surjan del diálogo y la reflexión, lo cual permitiría la introspección de los valores y la adhesión de los mismos en la vida de los jóvenes y de la sociedad en general.

Aprovechar los recursos de información con los que contamos; buscar espacios para que los jóvenes mediten sobre sus propias virtudes, su plan de vida y proyección a futuro; promover la estima de sí mismos y de sus aspiraciones; mostrarles las debilidades de su comunidad cercana para identificar necesidades y problemas, invitándolos a ser propositivos sobre las posibles soluciones, puede ser el primer paso para que esta generación tenga posibilidades de construir un entorno ético diferente al que se tiene en la actualidad, menos centrado en los valores del mercado y más enfocado al ser humano. ■

REFERENCIAS

Cortina Orts, Adela (1995) «La educación del hombre y del ciudadano». En *Revista Iberoamericana de Educación*, 7. Educación y democracia. Enero-abril.

— (1993) «La educación en valores». Conferencia impartida en el Centro de Estudios Públicos de Godella. 14 de mayo.

Latapí Sarre, Pablo (2003) *El debate sobre los valores en la escuela mexicana*. México: FCE.

Organización Iberoamericana de la Juventud (2008) *La juventud en Iberoamérica. Tendencias y urgencias*. Santiago de Chile: OIJ.

Rojas, Enrique (2002) *El hombre light*. México: Planeta.